

Arturo Sosa A.

HAITI

De la avalancha a la organización popular

El pasado 7 de febrero tomó posesión de la Presidencia de Haití Jean Bertrand Aristide. El ambiente popular confirmó lo que había sido la innegable mayoría electoral. Todo el pueblo en las calles, en talante de gran fiesta colectiva, preparada como se hace para las grandes ocasiones. Puerto Príncipe lucía limpia, arreglada, recién pintada... La misma gente se había encargado de hacerlo. Toneladas de basura fueron recogidas por los comités barriales, pintadas las aceras y fachadas, reparadas las vías... Los invitados de naciones extranjeras eran recibidos con alegría en las calles, el tráfico era dirigido por "espontáneos" y no se registraron hechos violentos durante estos días.

EL PUEBLO PROTAGONISTA

Lavalasement fue el nombre que se dio al movimiento popular que llevó al padre Aristide a la Presidencia de la República. Más que avalancha la expresión se usa para describir la impetuosidad de la crecida de un río que se va haciendo más grande y potente a medida que avanza, y va adquiriendo mayor caudal hasta hacerse incontrolable. En efecto, la sola aparición de la candidatura de J.B. Aristide produjo la triplicación del registro electoral y los comicios contaron con la asistencia masiva de un pueblo que llegó a sentirlos suyos porque a través de esa candidatura podría expresarse él mismo.

Sobre la situación del pueblo haitiano basta recordar que es el más pobre de un continente en el que la pobreza crítica es la condición de las dos terceras partes de sus habitantes. Se registra hasta un 60 % de desempleo, la escasa producción agrícola no tiene acceso a los mercados por la precariedad de las vías de comunicación. En la época de sequía, como la actual, ni siquiera se puede contar con energía eléctrica constante, pues el caudal de los ríos y represas baja hasta niveles que hacen insuficientemente la fuerza para mover las turbinas. Sabemos lo que significa pobreza: hambre, desnutrición, enfermedades, escaso acceso a la educación...

el anverso de lo que consideramos en nuestra cultura occidental del siglo XX una vida humana ordinaria.

Ese pueblo, en esas condiciones, es que ha hecho posible la crecida (lavalasement) que ha puesto a Aristide en la Presidencia como parte de sí mismo. El movimiento electoral, su triunfo duramente defendido, aceptado a regañadientes por algunos sectores internos y externos, ha tenido como protagonista al pueblo haitiano.

Se trata, por tanto, de un movimiento democrático en el sentido más original de esa palabra, en cuanto el pueblo realiza una decisión de dirección de la sociedad de la cual es la base. Un movimiento democrático que logra contrarrestar decenios de dominio anti-democrático cuyas fuerzas estuvieron presentes durante el proceso comicial y están presentes en la actual sociedad haitiana no sólo como inercia del pasado sino como alternativa, al acecho del poder político.

EL PADRE ARISTIDE, SIMBOLO DE SU PUEBLO

La situación jurídica del sacerdote católico Jean Bertrand Aristide ha sido uno de los interrogantes que muchos se han planteado. Ingresó a la Congregación de los Salesianos y, luego de completar su formación, casi toda realizada en el exterior (República Dominicana, Canadá, Jerusalén...) fue ordenado sacerdote en 1982. En 1988 fue "despedido" de su Congregación, por consiguiente, inhabilitado para el ejercicio del sacerdocio (suspendido "a divinis"). Sin embargo, el P. Aristide apeló esta decisión. Su caso sigue pendiente de sentencia en los tribunales vaticanos. En este sentido jurídico Jean Bertrand Aristide no ha ejercido como "sacerdote" desde 1988 y la solución de su caso se pospondrá seguramente mientras dure su presidencia, pues mientras la ejerza no actuará como sacerdote.

Sin embargo, es el Padre Aristide o Le Pé Titide para todo el pueblo haitiano al margen de su condición jurídico-sacerdo-

tal. Jean Bertrand Aristide desde que comenzó su trabajo como cura en una barriada popular de Puerto Príncipe y orientó su acción hacia la formación y crecimiento de una Iglesia enraizada en el corazón del pueblo, la Petit Eglise o Ti-Legliz, como la conocen quienes participan y alimentan esa manera de ser cristianos en Haití, fue haciéndose parte de ese pueblo pobre, sufrido y creyente... Su palabra expresaba la vida del pueblo e iluminaba lo lejos que ella estaba de lo que Dios quiere para sus hijos. Su voz se fue haciendo profética, porque hablaba desde su fe, es decir, "en nombre de Dios". Desde esa fe, compartida con la Iglesia, predicaba la promesa del reinado de Dios y señalaba los obstáculos que en este momento de la historia de Haití se oponen a su realización. Por eso, para el pueblo haitiano era y sigue siendo el Padre Aristide.

Su separación obligada (y esperamos que temporal) del ministerio sacerdotal colocó a J.B. Aristide en el camino de hacerse un líder popular. Continuó su labor de alimentar la esperanza del pueblo y orientó entonces su acción a "hacer llover en las cabeceras" para que pudiera darse la gran crecida. Su liderazgo popular se manifiesta especialmente en su capacidad de comunicarse con su pueblo. No es el líder sordo que no escucha ni el gritón que se limita a lanzar consignas. Su expresión es dialogante, escucha y propone, pregunta y responde... Su discurso de toma de posesión fue un modelo de comunicación entre un líder y un grupo humano que lo sigue como parte y expresión de sí mismo.

El Padre Aristide vive una fe que no oculta ni puede ni va a ocultar. Quienes lo conocen de cerca dan testimonio de su profunda vida de oración, de su familiaridad con los textos bíblicos, de su apego a los más débiles entre el pueblo. También sus enemigos reconocen esta faceta suya. Además de haber intentado matarlo más de diez veces, unos días antes de la toma de posesión le prendieron fuego a un hogar creado por el Padre para "los hijos de la calle", en el cual encuentran cobijo, cariño, comida y educación unas cuantas decenas de niños. Muchas horas y esfuerzos ha dedicado Aristide a esta obra, indicativa de su sensibilidad y de su fe.

Estos rasgos nos permiten intuir por qué se puede afirmar que el Padre Aristide se ha convertido en el símbolo actual del pueblo haitiano. La crecida lo trajo hasta la Presidencia de la República y su liderazgo se encuentra ahora ante la inmensa responsabilidad de contribuir desde el gobierno a poner las bases de una sociedad como la soñó esa lavalasement: popular, humana, libre y democrática.

UNA OPORTUNIDAD PARA LA IGLESIA

La polémica alrededor del título de padre a Jean Bertrand Aristide tiene otra dimensión. Su relación con la Iglesia. La relación de la Iglesia con este gobierno nacido de la avalancha popular. Una dimensión cuya complejidad no pretendemos sino esbozar en estas reflexiones. Se ha vinculado la figura del Padre Aristide a la Teología de la Liberación latinoamericana. El mismo se siente parte de ese movimiento y su expresión teológica se inscribe en ella. Por eso, hay que insistir de nuevo en el sentido de pertenencia a la Teología de la Liberación.

La Teología de la Liberación es la expresión sistemática de un modo de vivir la fe cristiana en las actuales condiciones del continente latinoamericano. Es un modo de expresar las características específicas del seguimiento del camino de Jesús de Nazaret en estas tierras y en este momento de la historia del pueblo creyente que forma América Latina. Es la expresión de la experiencia del Dios-Padre-de-Jesús -ubicada en este continente cristiano y oprimido, en el cual los opresores también se dicen cristianos y pretenden justificar las estructuras de opresión en nombre del cristianismo-, que invita a romper toda forma de relaciones sociales y personales que signifiquen ruptura de la fraternidad, no considerar al otro como mi hermano.

En Haití un grupo significativo de religiosas, religiosos y sacerdotes viven con su pueblo esta experiencia, lo cual ha venido re-creando la Iglesia haitiana. El Padre Aristide ha formado parte de esta corriente. Este proceso no se ha dado sin conflictos. El dictador Duvalier, continuado por sus sucesores, puso todo su empeño en doblegar y dominar a la Iglesia Católica. Llegó a tener un influjo determinante en el nombramiento de los Obispos y en el gobierno y comportamiento de la Institución Eclesiástica. De esta manera se pretendía evitar los procesos de renovación eclesial iniciados por el Concilio Vaticano II y las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano de Medellín y Puebla. Cuando, a pesar de estos "controles institucionales", la Iglesia seguía siendo fermento de la esperanza popular, se recurría a la represión directa, sin ninguna contemplación como el caso de cualquier opositor político o social.

Igualmente conocemos la eficaz lucha ideológica que se ha librado en todo el continente para tildar a la Teología de la Liberación, y a todo esfuerzo pastoral en medio de los pobres, de "comunista". En Haití este tipo de acusaciones tuvieron como centro preferido al Padre Aristide y a quienes lo acompañaban.

El mismo pueblo percibió la pugna al

interior de la Iglesia hasta el punto que, a raíz del intento de golpe de Estado del sector duvalierista guiado por el ex-Ministro Lafontant el pasado 6 de enero, la reacción masiva fue asaltar la Nunciatura Apostólica y la antigua Catedral de Puerto Príncipe. Le estaba enviando a la Jerarquía de la Iglesia un mensaje muy claro: los queremos con nosotros, esto significa no prestarse a movimientos contra la voluntad expresada en las elecciones y concretada en el gobierno del padre Aristide próximo a iniciarse.

De allí la importancia que tuvo la Misa concelebrada el día de la asunción de la Presidencia de la República de Jean Bertrand Aristide. Al parecer la Jerarquía de la Iglesia entendió el mensaje del pueblo y quiso responder positivamente. En la concelebración participaron todos los Obispos haitianos, a excepción de Mons. Legondé, Arzobispo de Puerto Príncipe, que se encuentra fuera del país desde el intento de golpe de enero. Junto con ellos más de doscientos sacerdotes venidos de todo el país, muchas religiosas y una multitud de gente del pueblo. Puede decirse que se trató de un momento de comunión eclesial, más allá de las diferencias internas. La expectativa popular era tan grande que a pesar de haberse reservado la mayor parte del recinto de la Catedral para las delegaciones extranjeras asistentes a la toma de posesión, la gente se fue colando y llenó totalmente el templo.

La misa fue toda en creole, la lengua que habla la gente, participada a través de los cantos propios de las celebraciones eucarísticas populares. Desde el fondo de la conciencia de cada uno de los participantes se daba gracias a Dios por el camino recorrido. Desde la conocida y reconocida fragilidad personal y colectiva, se pedía el Espíritu de Jesús de Nazaret para seguir caminando y llegar hasta el final. En el momento en que el Presidente Jean Bertrand Aristide recibió la comunión de manos de Mons. Leroche, Presidente de la Conferencia Episcopal, estalló un emocionante aplauso en toda la Catedral. En ese instante la gente sintió que la Iglesia estaba realmente con ella (en comunión) a través del Padre Aristide.

Es necesario dejar muy claro que el gobierno de J.B. Aristide no es un gobierno de la Iglesia, ni de la teología de la liberación. Es el gobierno de la crecida popular que él simboliza y representa. Pero, al mismo tiempo se abre una oportunidad privilegiada para realizar la misión específica de la Iglesia: la evangelización de Haití.

No se trata, pues, ahora de polemizar sobre la solución de los problemas canónicos del Padre Aristide ni de confundir la lealtad a la Iglesia con el apoyo incondicional a su gobierno y a cada una de sus decisiones. Lo importante ahora para la

Iglesia, es hacerse fermento de ese pueblo que ha dado un paso, para algunos increíble. Contribuir al fortalecimiento de su fe y su esperanza. Acompañarlo, desde su propia dimensión y acción específica, en la lucha por la justicia y la democracia en una nación acogotada de necesidades.

La gente supone que un Padre, y la institución que representa, no roba ni mata. Hasta ahora los gobiernos en Haití han robado los recursos públicos y matado a todo el que se oponga o estorbe. La Iglesia al sembrar la Buena Noticia de la presencia entre nosotros del reinado de Dios, puede convertirse en defensora de la Vida en todas sus dimensiones y contribuir a una vigilancia de los recursos públicos para que sean utilizados en beneficio de las mayorías.

Igualmente la Iglesia, mediante su labor evangelizadora, puede ofrecer una contribución única al establecimiento de relaciones personales y comunitarias sólidas y orgánicas entre la gente del pueblo, disgregada por la pobreza, los maltratos, la desconfianza....

¿Y LAS FUERZAS ARMADAS?

El discurso al pueblo que inició el gobierno del Padre Aristide agarró por los cuernos el asunto de las Fuerzas Armadas. Anunció la sustitución de la mayor parte del Alto Mando Militar y confirmó en su jefatura al General Abrahams, quien demostró su fidelidad a la voluntad popular expresada en las pasadas elecciones. Por otra parte, esbozó su tesis del "matrimonio" entre el pueblo y las Fuerzas Armadas, de manera de constituir un dique a las tendencias golpistas y contribuir al fortalecimiento de una sociedad democrática.

Las Fuerzas Armadas no sólo han tenido una vinculación directa con la dictadura duvalierista, sino que en su seno se ha generado una mentalidad estamental o de "casta", que la lleva a defender sus propios privilegios antes que los de ningún otro. Por eso, han tenido actitudes objetivamente anti-democráticas, pues todo proceso de democratización supone ponerle límites a la acción de los militares y subordinarlos al poder civil. A esto hay que añadir la participación de la cúpula militar en la corrupción, manejo indebido de los recursos públicos, violencia y agresión desmedida a los derechos humanos de miles de haitianos.

La esperanza está puesta en las nuevas generaciones de oficiales quizás todavía capaces de asumir una conciencia nacional y democrática y de convertir a las Fuerzas Armadas en una institución soporte de la democracia.

A esta problemática interna a la institución militar hay que añadir otra que reviste

extrema gravedad. Muchos de los integrantes de los antiguos Tonton Macoutes y personas vinculadas a las altas esferas del duvalierismo son quienes manejan el pingüe e inhumano negocio de la droga, en y desde Haití. Además, este grupo posee muy buen armamento y pocos escrúpulos para usarlo contra quien sea. De allí que el Presidente Aristide le haya insistido al gobierno de los Estados Unidos que mantenga y aumente su ayuda para combatir el narcotráfico, pues constituye una grave amenaza a la estabilidad del recién iniciado sistema democrático, además de los males que en sí mismo representa.

La vía señalada por el Presidente Aristide para solucionar a fondo la problemática militar es el llamado "matrimonio" entre las Fuerzas Armadas y el pueblo. Parece evidente que esta idea surge de su propia experiencia personal de haber sido eficientemente protegido por el propio pueblo contra los múltiples atentados sufridos antes y durante la campaña electoral, e igualmente ante el intento de golpe de Estado del 6 de enero. Unas Fuerzas Armadas democráticas tienen que serlo porque poseen una estrecha vinculación orgánica y afectiva con las mayorías. Estas, además, la única manera de garantizar no sólo su apoyo a la democracia sino su contribución efectiva a la seguridad del gobierno y del pueblo haitiano. Cómo se va a estructurar y realizar en la práctica esta relación pueblo-Fuerzas Armadas es uno de los retos del gobierno democrático que comienza.

CIMENTAR LA DEMOCRACIA

La imagen de la crecida de un río que ha hecho suya el movimiento popular haitiano pone de manifiesto lo que ha significado la irrupción del pueblo en la vida política del país. Sin embargo, como toda imagen es incompleta y ambigua. Las crecidas de los ríos y quebradas suelen dejar atrás de sí mucha destrucción. Podríamos aplicar esta parte de la imagen a la destrucción del pasado dictatorial y violento. Pero, aún así, es importante tomar conciencia de que se entra en la etapa de construir desde abajo a la nación haitiana.

Por eso de movimiento popular electoral, de avalancha o crecida es necesario convertirse en una organización popular capaz de constituir la red de relaciones básicas de una sociedad democrática. De hacer surgir al pueblo haitiano organizado como el sujeto de la sociedad. Sin una sociedad civil plural, formada por muchas y variadas organizaciones de la base popular, en todos los ámbitos de la actividad social: económico, cultural y político, un sistema democrático es una formalidad sin contenido y de una fragilidad tan grande que no resistiría ninguna presión de

grupos organizados de intereses minoritarios. Sobre esto la historia latinoamericana ofrece una amplia gama de ejemplos.

La tarea prioritaria para el Presidente Aristide es poner las bases de la sociedad civil popular haitiana, o sea, construir los cimientos de un sistema democrático estable. En este sentido su gobierno constituye una importante o, más bien, clave transición histórica y su responsabilidad es enorme.

Esta tarea prioritaria puede verse empañada por cuestiones urgentes. Sin embargo, perder la perspectiva de lo prioritario por lo urgente es arriesgar lo que tanto ha costado. Una sociedad democrática no se improvisa. Un sujeto político popular exige años, por no decir generaciones, para nacer, crecer y madurar. La acción prioritaria del gobierno es, por consiguiente, tomar decisiones y poner en marcha programas que vayan en esta dirección.

El cimiento se pone para una sociedad con unas características concretas. Es también prioritario para Aristide y el movimiento democrático haitiano convertir los sueños motivadores de una sociedad justa y libre en un proyecto político realizable en las condiciones objetivas de Haití, Latinoamérica y el mundo. Gobernar no es soñar, sino hacer posible los sueños en la proporción máxima que lo permitan las condiciones existentes y que se puedan ir modificando con una acción bien pensada y gradualmente llevada a cabo, de manera de no esfumar el sueño y volver atrás. En los procesos sociales la marcha hacia adelante no está garantizada. En América Latina es más fácil retroceder hacia una mayor dominación de las minorías que dar pasos hacia la propia autodeterminación. Por eso, cada paso tiene que ser dado con plena conciencia y firmeza.

En la realización de ese proyecto político tienen que participar todas las fuerzas e instituciones sociales. Una sociedad democrática se hace realidad si su proceso de gestación es igualmente democrático. No será democrática si un líder o un grupo de bien intencionadas "vanguardias" se la hacen al pueblo, por mejores que sean sus aspiraciones.

GOBERNAR CON IDEALISMO Y CON LOS PIES EN LA TIERRA

Jean Bertrand Aristide preside el primer Gobierno regido por la nueva Constitución haitiana. En ella se buscó poner el marco de un régimen político democrático y colocar todos los obstáculos posibles a nuevos despotismos. El equipo de gobierno estructurado por el Presidente Aristide tiene, por una parte, que reflejar la correlación de fuerzas políticas representadas en el Parlamento para que su programa no se enrede en las frustrantes idas y

venidas de los vericuetos institucionales ni en los intereses inmediatistas de grupos políticos que forman una coalición mayoritaria sumamente frágil. Pero, al mismo tiempo tiene que encarnar las aspiraciones de la crecida popular que le dió el mandato electoral.

El Presidente Aristide tiene que aprovechar su liderazgo y capacidad de comunicación popular para mantener la motivación y participación colectivas, y al mismo tiempo ir señalando los pasos que se deben dar para alcanzar un ideal que está lejano.

La crecida no puede acabar de un solo golpe con la miseria, el hambre, el desempleo, las enfermedades o la falta de educación. Tampoco se pueden posponer indefinidamente la solución de los problemas inmediatos de las mayorías populares. Este equilibrio es el reto del equipo de gobierno responsable de ponerle pies y manos a aspiraciones abstractas en condiciones muy difíciles por las severas limitaciones de todo tipo de la nación y el pueblo haitianos y del contexto internacional.

Es evidente que las relaciones internacionales tienen una alta incidencia en lo que pueda suceder en Haití. Un pequeño país carente de recursos humanos y materiales propios para salir del subdesarrollo, depende fuertemente de la cooperación internacional. El proclamado respeto a la autodeterminación de los pueblos debería entenderse como ayudar a que realicen los propios proyectos y no condicionarlos a aceptar los modelos emanados de las agencias internacionales o de otros gobiernos con características y objetivos distintos y distantes de lo que cada pueblo pretende hacer. Los países de América Latina tienen la oportunidad y la responsabilidad de vincular a Haití al proceso democratizador de un continente con autonomía propia e integrado. La cooperación latinoamericana al actual proceso haitiano debe ser no sólo cuantitativamente importante, sino cualitativa.

La responsabilidad del gobierno venezolano se refiere no sólo al apoyo político y económico que pueda brindarle directamente y evitar sus propias apetencias de dominación sobre el Caribe, sino a una acción política y diplomática que garantice al nuevo gobierno haitiano la posibilidad de poner en práctica sus propias ideas y no las nuestras, ni las del gobierno de los Estados Unidos o las del Banco Interamericano de Desarrollo o el Fondo Monetario Internacional. Igualmente es necesario desarrollar vínculos no gubernamentales, vínculos sociales, eclesiales, culturales, educativos, empresariales..., entre pueblos con raíces entrecruzadas, problemas comunes y aspiraciones compartidas de justicia, libertad y democracia.